

maba que entre los mismos Apóstoles solo Pedro, Santiago, Juan y Pablo lo habian obtenido.

Desde luego se comprende que era intento vano y opinion errónea creer que la ciencia habia de llenar las lagunas en la doctrina transmitida por Cristo y los Apóstoles. La ciencia, decia la Iglesia, tiene por base inmutable á la doctrina apostólica: el mas sábio y el mas elocuente de los jefes de la Iglesia no puede añadir ni quitar un ápice á la fe, una é igual para todos<sup>1</sup>. La certidumbre adquirida por medio de la ciencia no es mayor que la que nace inmediatamente de la fe, sin la cual, segun Origenes, la mayor parte de los hombres que carecen de la capacidad y del tiempo necesarios para hacer investigaciones filosóficas, se verian privados del mayor de los beneficios de Dios. Y no es solo el fondo de la ciencia, sino tambien la forma lo que distingue al gnóstico cristiano del simple creyente: las verdades de la fe que admite este último como un hecho, las comprende el primero en su necesidad y en su conjunto<sup>2</sup>. Clemente de Alejandría prueba que la verdadera ciencia descansa en la fe comun, notando de paso que no es una peculiaridad exclusiva de la teología el apoyarse en la fe comun, pues que toda ciencia reposa definitivamente en esta base necesaria<sup>3</sup>. Tampoco puede sostenerse que la ciencia sea absolutamente demostrativa, y que en todos sus puntos descansa sobre bases inteligibles, si se tiene en cuenta que existen y deben existir necesariamente principios indemostrables. Por lo mismo, los filósofos griegos, cada uno á su manera, pero todos evidentemente, y Aristóteles con especialidad, reconocieron que la creencia es el fundamento de la ciencia: de esta suerte se justifican como una verdad universal las palabras del Profeta: «*Nisi credideritis, non intelligetis*»<sup>4</sup>. Fieles á este principio, los sábios teólogos de la Iglesia presentaban la fe única como la fuente y la regla de su doctrina y de sus desarrollos científicos<sup>5</sup>, y demostraban las verdades de

<sup>1</sup> *Iren. Contr. haer.* I, 3, n. 6; I, 10, n. 2.

<sup>2</sup> *Clem. de Alej. disting. la fe de la ciencia.* Strom. VII, 10. Cf. *Aristotelis Metaphys.* III, 4.

<sup>3</sup> Strom. II, 4.

<sup>4</sup> *Isaias*, VII, 9.

<sup>5</sup> *Iren. Contr. haer.* I, 10, n. 1. *Orig. de Princ. praef.* n. 4, t. I, p. 47.

la fe, apoyándose en la misma fe. Fe y ciencia eran cosas inseparables á sus ojos<sup>1</sup>: la ciencia supone la fe, y esta conduce á la ciencia.

Fundada y constituida de este modo, la ciencia eclesiástica debia de ejercer necesariamente una saludable influencia en el interior de la Iglesia, respecto de las opiniones erróneas ó heréticas que en ella se desarrollaban; y en el exterior, respecto de la vana y soberbia ciencia de los Paganos. Por lo mismo, hanla glorificado los hombres de inteligencia, como el *antemural de la fe*, la forma inmutable de la verdad, que proporciona á los que la poseen una alegría indecible, delicias inefables y consuelos completamente divinos<sup>2</sup>.

### § LXXXI.

#### *Diversas formas de la ciencia eclesiástica.*

La tendencia y el método científicos del Oriente se manifestaron desde luego, permaneciendo constantemente diversas las del Occidente. Al paso que la ciencia teológica del Oriente se inclina siempre hácia la parte teórica y especulativa del Cristianismo, procurando asentarla sobre fundamentos filosóficos, la teología de los occidentales se esfuerza principalmente por desarrollar las consecuencias prácticas del Cristianismo tradicional.

La primera tendencia fue seguida especialmente por

*La escuela catequística de Alejandría. — Clemente. — Origenes*<sup>3</sup>.

La situación de la Iglesia, frente á frente del Paganismo sábio, exigia que los teólogos filósofos tomasen una actitud clara y despejada respecto del Filosofismo del siglo, y en particular del Pla-

<sup>1</sup> *Clem. Alex. Strom.* V, 1, p. 643. *Orig. ep. ad Gregor. Thaum.* (*Orig. op.* t. I, p. 30). *Teophil. ad Autolye.* I, 8.

<sup>2</sup> *Clem. Alex. Strom.* I, 2, p. 327; I, 20, p. 377; II, 2, p. 433.

<sup>3</sup> *Euseb. Hist. eccl.* V, 10. — *Guerike*, de Schola, quae Alexandriae floruit, catechetica. Hal. 1824 sq. 2 P. — *Hasselbach*, de Schola, quae Alex. flor. catechet. Stett. 1826, 1 P. — *Möhler*, Patrologia, t. I, p. 399, 400; 430-576. — *Ritter*, Hist. de la filosof. crist. t. I, p. 419-364. (Hist. de la filosof. t. V).

tonismo, y que, apropiándose la ciencia griega en interés de la Iglesia, sirviesen de intermediarios entre esta y los Paganos instruidos, demostrándoles que el Cristianismo satisfacía de una manera completa las necesidades del espíritu humano. *La escuela catequística* de Alejandría, fundada á mediados del siglo II á la manera de las escuelas filosóficas de la Grecia, y colocada bajo la vigilancia del Obispo, fue constantemente favorable á este designio. Atraído Panteno (por los años 180) del Estoicismo <sup>1</sup> á la Iglesia por uno de los discípulos de los Apóstoles, pasa por el primer jefe de esta escuela. En ella dió pruebas de su ciencia, de la extensión de su espíritu y de su talento para la enseñanza, con sus lecciones sobre la sagrada Escritura, por medio de las cuales atrajo á la verdad al mas célebre de sus discípulos y sucesor inmediato, Tito Flavio Clemente <sup>2</sup>, insigne lumbrera de la escuela. Clemente, nacido, según lo mas probable, en Atenas, de padres paganos, que le educaron en los principios de su creencia, no recibió la luz del Cristianismo hasta una edad madura. Sus largos viajes por Grecia, Italia, Palestina y Oriente, le proporcionaron la ocasión de oír á los grandes maestros y de adquirir varios y sólidos conocimientos en todos los ramos de la literatura pagana. Pero su ardiente sed de adquirir una ciencia mas vasta que la que hasta entonces habia apurado en las lecciones de los hombres, no se sació sino con la doctrina cristiana y las sabias enseñanzas de Panteno sobre las santas Escrituras. Nombrado (191-202) sucesor de Panteno por el obispo Demetrio, logró interesar en sus lecciones y atraer á la Iglesia á muchos paganos, arrastrados y encantados por sus profundos conocimientos en las letras paganas, su arrebatadora elocuencia y su espíritu filosófico, cada vez mas firme, mas atrevido y luminoso, merced al influjo del Cristianismo. Dotado por otra parte de un raro don de enseñanza, sabía dirigir á cada uno de sus discípulos según sus

<sup>1</sup> *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 36. — *Euseb.* Hist. eccl. V, 19. — *Photius*, Cod. 180. — *Clem. Alex.* Strom. I, 1, p. 322 sq.

<sup>2</sup> Véase en cuanto á la varia opinion sobre el lugar de su nacimiento (Alejandría ó Atenas), *Epiph.* Haer. XXXII, 6. Cf. *Euseb.* Praepar. evang. II, 3; VI, 1, 3, 11, 14. — *Hieronym.* de Vir. illustr. c. 38. V. *Tillemont*, t. III, p. 181-196.

particulares exigencias, haciéndoles adelantar á todos en su camino. La persecucion de Alejandro Severo (202) vino á perturbarlo en sus santos trabajos. El ilustrado discípulo de Cristo <sup>1</sup> abandonó entonces á Alejandría, y fué verosímilmente á reunirse con su alumno Alejandro, célebre obispo de Flaviades, en Capadocia, al cual acompañó á Jerusalem, cuando fue nombrado obispo de esta última ciudad.

Siguiendo Clemente una direccion contraria á la de Taciano y de algunos otros cristianos, cuya hostilidad á toda la ciencia griega era provechosa para la propagacion y desarrollo interior del Cristianismo, permaneció fiel á la filosofía en general, y particularmente á la platónica. Justino mártir habia admitido en la naturaleza humana alguna cosa análoga al Verbo divino, á la Razon universal, absoluta y divina, y admitido en su consecuencia la doctrina de que los mejores de entre los filósofos paganos habian tenido un conocimiento parcial de la verdad religiosa y moral <sup>2</sup>. Al igual de su santo e ilustre antecesor el Mártir platónico, sostenia Clemente que la filosofía habia sido dada á los griegos de la misma manera que la fe á los judíos, para conducirlos hacia Cristo, y que así la una como la otra eran respecto del Cristianismo fracciones de la verdad una. Además defendia tambien la filosofía en cuanto á su valor formal, como medio eficaz de aguijar y pulir el entendimiento, y de afirmar la mirada de la inteligencia, haciendo al hombre capaz de discernir lo verdadero de lo falso <sup>3</sup>. Sin embargo, á fin de no dar rienda suelta á las opiniones filosóficas exageradas, asentaba el principio, según ya lo hemos indicado arriba, de que la fe de la Iglesia debe ser la base y la regla del gnóstico cristiano en todas sus investigaciones científicas. Solo es verdadero sabio aquel que, habiendo encanecido en el estudio de las santas Escrituras, guarda fielmente en el dedalo de la ciencia el hilo conductor de la doctrina de los Apóstoles y de la Iglesia, vive conforme á los preceptos del Evangelio, y bebe sus inspiraciones en la palabra del Maestro de la ley y de los Profetas. De esta suerte la ciencia, descansando en la tra-

<sup>1</sup> Mat. x, 28.

<sup>2</sup> *Justin.* Apol. II, 8. Cf. *Apol.* II, 13. — *Apol.* I, 46.

<sup>3</sup> *Clem. Alex.* Strom. I, 20, p. 373-377, et I, 6, p. 336.

dición de la Iglesia y desarrollándose bajo su influjo, no es mas que una *fe científica*. Las tres partes de las obras de Clemente, la *Exhortacion á los gentiles*, el *Pedagogo* y las *Stromatas*, constituyen una completa enseñanza moral y científica para la conversión de los Paganos, la consolidación de los nuevos convertidos y de los Gnósticos cristianos. En estos escritos dió grandes pruebas de erudición, mostrándose mas orador que filósofo sistemático. Desgraciadamente no distinguió la filosofía de la teología, como él mismo lo confiesa en las *Stromatas*, su principal obra. Estos libros, dijo él, contendrán la verdad (cristiana) mezclada con las doctrinas de la filosofía, ó mas bien oculta en ellas, como oculta la cáscara el fruto y la sémilla. Así es que en estos escritos abundan mucho las interpretaciones místicas, no siempre felices, pero que deben ser juzgadas teniendo en cuenta el gusto del siglo al cual se ajustaba el escritor.

Orígenes<sup>1</sup> fue mas notable aun que Clemente, y adquirió todavía mayor influencia. Nació en Alejandría (185), y maduro ya desde su juventud quiso participar del martirio de su padre Leónidas. Mas contenido su celo, escribió á su padre aprisionado á fin de alentar su valor, conjurándole á que «se guardase bien de «cambiar de sentimientos por consideraciones hácia sus deudos.» Habiendo recibido una piadosa educación, tuvo por maestros en las ciencias teológicas á Panteno y Clemente de Alejandría, y en filosofía á Ammonio Saccas, que por desgracia ejerció una influencia demasiado decisiva en su vida y en su doctrina. Una vez á la cabeza de la escuela catequística de Alejandría desde la edad de diez y ocho años (203), y ayudado con las ventajas de la profunda y pulida cultura de los griegos, y de un espíritu puro santificado por el Cristianismo, hizo penetrar á sus discípulos tan profundamente en las santas Escrituras, que «parecía que hablaba «por inspiración divina, y que el espíritu de los Profetas le había

<sup>1</sup> Euseb. Hist. eccl. 2, 3, 4, 6, 8, 13, 18, 19. — Hieronym. de Vir. illustr. c. 54. — Photius, Cod. 180. — Orig. opera omnia quae supersunt, ed. Lommatzsch. — Greg. Thaum. in ejusd. oper. — Orig. opp. t. IV, append. Paneg. in Origen. gr. et lat. pub. por Bengel. — Huetius, Origeniaror. lib. III, t. IV. Cf. Tillemont, t. III. — Thaumasius, Orig. puede servir para la Hist. de los dog. del siglo III. — Redepenning, Orígenes, su vida y su doctrina.

«prestado la inteligencia del sagrado texto.» De tal modo encantaba su palabra, que le llamaban «el alma de David unida á la «de Jonatás<sup>1</sup>.» Su libro (*Periarchón*) le valió la gloria de haber sido el primero que redujo á sistema la doctrina cristiana<sup>2</sup>. Su enseñanza, enriquecida con los trabajos de la ciencia y de las letras profanas, atraía y ganaba á muchos paganos jóvenes, excitando al propio tiempo entre los Cristianos el amor al estudio de la filosofía, pues de esta manera estimaba que se podía combatir victoriosamente al siempre movedizo Gnosticismo. Convirtió igualmente al Cristianismo gran número de hombres distinguidos; y sería difícil enumerar á todos aquellos que fueron iniciados con sus escritos en las profundidades de la doctrina cristiana y animados de la virtud del Evangelio. Logró asimismo atraer de nuevo á la verdad á muchos herejes, triunfo que pocas veces pudieron alcanzar los mismos Concilios. Pero, tratando de ganar el cielo por medio de la violencia, é interpretando torcidamente un pasaje del Evangelio<sup>3</sup>, mutiló su cuerpo<sup>4</sup>. Esta falta, la ilegalidad del sacerdocio que recibió en Cesarea (228), los errores que se descubrieron en su libro ya citado, y acaso tambien la envidia y los celos del obispo Demetrio, todo esto reunido le deparó persecuciones y la destitución de su encargo (231). No echó de menos, sin embargo, por mucho tiempo la simpatía que naturalmente debia de excitar un hombre, cuya fama se había extendido por todas partes; ni le faltaron divinos consuelos á aquel espíritu profundo, consagrado sin descanso á los trabajos de la ciencia, ni poderosos estímulos á un maestro que no tardó en verse rodeado de un concurso siempre creciente de discípulos en la escuela que abrió en Cesarea, que por poco vino á eclipsar la celebridad de la de Alejandría. Allí fue donde se formó su discípulo y caloroso panegirista, san Gregorio Taumaturgo, que tan ilustre fa-

<sup>1</sup> Cf. Orat. panegy. ad Originem. Gregor. Thaumaturg.

<sup>2</sup> Lib. IV (Opp. t. I), ed. Redepenning. Schnitzler, Orig. sobre la doctrina fundam. de la ciencia segun la fe. Cf. Rev. de filos. y de teolog. catol. de Bonner, 16.<sup>a</sup> entrega, p. 203.

<sup>3</sup> Mat. XIX, 12.

<sup>4</sup> El mismo Orígenes juzgó mas adelante este error, recordando el texto de la epíst. II á los corint. III, 6: Littera occidit, etc. tom. XV in Math. XIX, 12. (Opp. t. III, p. 631 sq.).

ma supo conquistarse como obispo de Neocesarea. Durante la persecucion de Maximino alentó é inflamó Origenes el valor de los cristianos destinados al martirio, aplicándose entonces con mas ardor que nunca al estudio de las santas Escrituras, hasta el punto de llegar á ser, por los gigantescos trabajos que llevó á cabo, el padre de la exégesis filosófica y gramatical <sup>1</sup>, así como ya lo era de la exégesis alegórica, considerada por él la mas principal y necesaria <sup>2</sup>.

No se limitó su influencia á la esfera de la ciencia, haciéndose sentir con mucha eficacia en los acontecimientos públicos de la Iglesia; y no apagado aun el fuego de su juventud con el hielo de los años, publicó en su última época las mas intachables é importantes de sus obras, tales como la incomparable *Refutación de Celso* y el *Comentario sobre san Mateo* y los *Profetas menores*. Por último, bajo el emperador Decio, conquistó el dictado de valiente confesor de Jesucristo, título que codició toda su vida, muriendo en Tiro (254) á la edad de sesenta y nueve años, víctima de los crueles tratamientos de que habia sido el blanco. Su siglo le dió no interrumpidas pruebas de amor y de veneracion, no obstante haber chocado particularmente lo atrevido de algunas de sus proposiciones <sup>3</sup>, siendo una prueba irrefragable de la estimacion que tributaron sus contemporáneos á la brillantez de su ingenio, la pureza de su alma y su perseverante actividad, los hermosos sobrenombres de *Adamantio* y de *Chalkenteros* ó aerea intestina habens.

Al paso que Clemente se mostró inclinado á cierta especie de eclecticismo, procurando assimilar al Evangelio la filosofia pagana, Origenes y otros alejandrinos se propusieron identificar la doctrina de Platon con el Cristianismo. Este Platonismo de los Padres de la Iglesia (motejado por algunos, y aun por el mismo

<sup>1</sup> Sus obras de exégesis: 1.º para servir á la crítica del texto del Nuevo Testamento y de las traducciones, *las Hexaplas*. Cf. *Hexaplorum quae supersunt*, ed. Bern. de Montfaucon. Paris, 1713, 2 t. in fol. ed. Bahrdt; Lips. 1769, II t. 2.º *Semeiōseis*, escolios: 3.º *Tomoi*, comentarios: 4.º *Homilias*, exposicion práctica. Cf. J.-A. Ernesti, de Orig. interpret. gramm. auctore.

<sup>2</sup> Cf. Mochler, Patol. t. I, p. 322-27.

<sup>3</sup> Sobre las virtudes y calidades de Orig. Cf. *Móshem*. (Comment. de reb. christ. etc. p. 603 sq.).

Petau <sup>1</sup>, como exagerado) tendia principalmente á demostrar la concordancia de ciertos dogmas cristianos con los principios mas puros y mas inteligibles de la filosofia platónica, y á servirse de los unos para exponer los otros, proporcionando de este modo á los talentos reflexivos un medio fácil para pasar del Paganismo al Evangelio. Pero, léjos de establecer el sistema platónico como la norma de la verdad, y de amoldar á ella la doctrina evangélica, la mayor parte de los sábios teólogos de aquella época consideraron el Cristianismo como una doctrina *divinamente revelada*, fuera del alcance de toda filosofia humana <sup>2</sup>, y la doctrina de la Iglesia como la regla de la fe (*regula fidei*), norma y medida del juicio acerca de lo verdadero y de lo falso en todas las controversias científicas.

Y si Origenes, por mas que tratase de adherirse á esta única regla de fe, cometió varios errores, señaladamente en su *Periarchón* y en todo lo concerniente á las relaciones de Dios con el mundo, la virtud creadora y la bondad absoluta de Dios, la eternidad de las penas del infierno, la preexistencia de las almas y la resurreccion completamente espiritual contraria al dogma de la Iglesia; no debe perderse de vista que, muy jóven aun, y cuando no podia haber comprendido en toda su profundidad la doctrina de la salvacion, pasó súbitamente al estudio de la filosofia griega, entregándose con ardor á la teología y á la filosofia, enseñadas por él al mismo tiempo. Aguijado asimismo de un fervoroso celo en favor de la Iglesia, quiso oponer á los Gnósticos, gente muy ocasionada á convertir sus fantásticas y arbitrarias teorías en un sistema completo de religion, la rigurosa lógica de la doctrina católica, sistemáticamente demostrada, y realizada además con todo el encanto de la ciencia griega. Mas ¡cuán difícil era su empeño, comparado con el de sus adversarios, y tratándose de una materia dada, llena de las verdades mas rigurosas, y erizada de los mas profundos misterios! ¡Qué tiene de extraño el que no haya conse-

<sup>1</sup> *Petau*. de Trinit. I, 3. Nunc illud ipsum — expendamus — quemadmodum Platonis in Christianam religionem commentum de Trinitate paulatim ab iis introductum sit, qui ex illius secta, institutioneque transierunt ad Christi professionem, vel utcumque doctrina ipsius afflati exultique sunt, etc. (Theol. dogm. t. II).

<sup>2</sup> *Clem. Alex.* Stromat. I, 20.

guido completamente su objeto en una empresa por otra parte tan laudable!

Al paso que la escuela de Alejandría se esforzaba por exponer filosóficamente el Cristianismo, elevando al cristiano á la *ciencia*, perfeccion de la *Pistis*, simple adhesión á las verdades cristianas por medio de la fe, los teólogos de la escuela positiva le hacían frecuentemente una ruda oposición, sosteniendo, á veces con justo título y á veces sin razón alguna, que la ciencia era una obra vana y contraria al Cristianismo<sup>1</sup>. Al frente de esta escuela teológica se encontró san Ireneo, obispo de Leon de Francia (177-202), varón de espíritu filosófico, claro y mesurado, que combatió con vigor, y aun con mordaz ironía, los delirios fantásticos del Gnosticismo<sup>2</sup>. Pero el que de una manera todavía más resuelta y terminante se pronunció contra la unión del Cristianismo y la filosofía, fue aquel sacerdote de Cartago tan original y tan piadoso, de tan penetrante ingenio como imaginación, que desde el principio de su carrera separó la literatura de la Iglesia occidental latina de toda literatura profana con esta vigorosa y significativa frase: «¿Qué cosa hay de común entre Atenas y Jerusalén, entre la Academia y la Iglesia?» Quinto Séptimo Tertuliano<sup>3</sup>, retórico y abogado ya célebre entre los Paganos, fue en la Iglesia de Occidente el más elocuente apologista del Cristianismo, después de haber abrazado esta doctrina, creando en cierto modo la lengua severa y fija de los dogmas cristianos, no obstante la estructura, casi siempre extraña pero vigorosa, de sus frases, imagen y fiel trasunto del vigor y la originalidad de su carácter<sup>4</sup>. Aunque este profundo escritor, cuyo ingenio, según

<sup>1</sup> *Iren.* Contr. haer. II, 28, n. 1, 2, n. 6. — *Tertull.* de Praescr. c. 14. Fides, inquit, tua te salvum fecit: non exercitatio Scripturarum. Fides in regula posita est: habens legem et salutem de observatione legis: exercitatio autem in curiositate consistit, habens gloriam solam de scientiae studio. Cedat curiositas fidei. P. 236 et c. 8. Nobis curiositate opus non est post Christum Jesum, nec inquisitione post Evangelium. Quum credimus, nihil desideramus ultra credere, c. 7. Ipsae denique haereses à philosophia subornantur.

<sup>2</sup> Cf. las Cit. antes del § 71, y *Tillemont*, t. III.

<sup>3</sup> Opp. omnia ed. *Rigaltius*. Neander. Antignosticus, Espíritu de *Tertul.* é introd. á sus escrit. Cf. *Tillemont*, t. III.

<sup>4</sup> Fue el primero que se sirvió de las palabras *substantia*, *trinitas*, satis-

las palabras del mismo san Jerónimo, debemos admirar, al paso que condenamos sus errores; aunque Tertuliano, decimos, vino á caer en la herejía de los Montanistas, pasa por maestro de Cipriano, obispo de Cartago<sup>1</sup>, teólogo de la misma escuela, notabilísimo por lo terso y profundo de su jugosa y apasionada palabra.

La oposición de estos teólogos, vehemente con frecuencia en los términos, aunque dirigida especialmente contra el abuso de la filosofía y de la falsa ciencia, según ellos lo apellidaban<sup>2</sup>, era por lo mismo, más bien que otra cosa, una oposición exterior. Así vemos á Tertuliano declararse con sumo vigor contra la dialéctica; al paso que en muchas circunstancias se valía de ella todavía con más fuerza que sus más calorosos partidarios. Por último, si en general esta oposición de los teólogos ha sido una rémora para los de Occidente en su tendencia especulativa, ella los ha preservado de los excesos de esa misma tendencia, evitando la confusión de la filosofía y la teología, y conteniéndolos en los límites de una prudente reserva. Y aun cuando los teólogos del Occidente han combatido la tendencia especulativa, han ido tomando lo mejor de ella sin saberlo; de manera que las dos direcciones teológicas se han completado la una con la otra, de cuyo contrafactio. Véase sobre su talento creador del lenguaje teológico, *Ritter*, Cuadro de los primeros escritores cristianos de África: de *Bonner*, Rev. de filos. y de teolog. catol. 8.<sup>a</sup> entr. p. 32.

<sup>1</sup> La relación entre san Cipriano y Tertuliano resalta evidentemente del tratado que uno y otro escribieron *De Oratione dominica*, y de la *Apologia* de Tertuliano, así como del escrito de Cipriano *De Vanitate idolorum*.

<sup>2</sup> Cf. *Iren.* adv. Haer. II, 14, n. 7: Utrum hi omnes, qui praedicti sunt (Platon y los Estóicos, de quienes tomaban sus dogmas los Valentinianos) cum quibus eadem dicentes arguimini, cognoverunt veritatem aut non cognoverunt? Et siquidem cognoverunt, superflua est Salvatoris in hunc mundum descensio. Ut quid enim descendebat? Numquid ut eam, quae cognoscebatur veritas, in agnitionem adduceret his, qui cognoscunt eam, hominibus? Si autem non cognoverunt, quemadmodum eadem cum his, qui veritatem non cognoscebant, dicentes, solos ipsos eam, quae est super omnia cognitio, habere gloriamini, quam etiam, qui ignorant Deum, habent? Secundum antiphrasin ergo veritatis ignorantiam agnitionem vocant. *Tertul.* dice igualmente, de *Anima*, c. 1: Cui veritas comperta sine Deo, cui Deus cognitus sine Christo, cui Christus exploratus sine Spiritu Sancto, cui Spiritus Sanctus accommodatus sine fidei sacramento? Sanè Socrates facilius diverso spiritu agebatur: